

Sobre esto y aquello

José Batlle y Carlos Marx

QUIENES CONMEMORARON EL ACTO DEL 1º DE MAYO LE DEBEN MUCHO MÁS A BATLLE Y ORDÓÑEZ,
QUIEN LES PROPORCIONÓ LAS IDEAS OPERATIVAS BÁSICAS

Por Ramón Díaz

La ocurrencia de un grupo de marxistas, el 1º de mayo, de ocultar la cara de la estatua de Batlle y Ordóñez bajo una caja de cartón, en la que lucía en su lugar la barbada faz de Marx, ha sido denostada por agravante. Yo creo que, más aún que un insulto, fue una injusticia. Porque, para mí sin duda, todos ellos le deben intelectualmente mucho más a Batlle que a Marx. En reparación deberían ahora ir en busca de todas las efigies que conozcan del autor de *Das Kapital*, y, luego de esquivarle convenientemente del rostro los excesos pilosos, cubrirle el cuerpo con un amplio y oscuro sobretodo.

La actitud de los irreverentes parece originarse en la idea de que aquello, la celebración del 1º de mayo, era una fiesta proletaria, y un burgués como Batlle no tenía qué hacer en ella. No por nada se habían depurado las invitaciones al evento. En la hora de la ortodoxia, nadie más que Carlos Marx podía presidir espiritualmente el acto.

Y ya comenzaron equivocándose, porque el origen del 1º de mayo como día de los trabajadores está mucho más vinculado a la

nadas más breves, mejores salarios, protección para niños y mujeres, ¿qué podrían hacer frente a la fuerza irresistible de la dialéctica materialista? En la asamblea de la 2ª Internacional el punto de vista marxista que acabo de glosar fue expuesto y, si la mayoría se inclinó por apoyar la legislación laboral, fue por oportunismo, no por ortodoxia.

Pero Batlle, ¿era socialista? Él mismo se lo preguntaba. Pedro Manini, a propósito de las iniciativas de don Pepe, había dejado planteada la interrogante: "¿Somos socialistas o somos colorados?" Batlle no había querido responder. A Alfredo Palacios, a la sazón (1907) un joven diputado argentino que lo entrevistó, le reconoció que no sabía si era socialista; había sido siempre un hombre de acción, sin tiempo para cuestiones teóricas; pero, ciertamente, era enemigo del individualismo absoluto y muchas ideas socialistas le atraían.

Una comparación entre el pensamiento de Batlle y de Marx suena aventurada, pero yo creo que puede hacerse. En común tienen

dos cosas: una teoría de la explotación y una utopía al final del camino, sin perjuicio de grandes diferencias entre uno y otro. ¿Qué tienen de radicalmente distinto? La concepción de cómo se llega a la utopía. La idea de la explotación que tiene nuestra izquierda hoy es, lo veremos, mucho más afín a don Pepe que a don Carlos.

ENTRE NOSOTROS LOS HIJOS PUTATIVOS DE MARX DESCENDEN EN REALIDAD DE DON PEPE

Su utopía también es mucho más cercana a la de aquél. La idea de nuestra izquierda de cómo llegar al final feliz se parece, nuevamente, mucho más a la de José que a la de Carlos.

La teoría de la explotación de Marx fue desventurada. Despro-

vista de toda conexión con lo empírico —Donald Sassoon, un socialista inglés, habla de un concepto "estadísticamente incuantificable", pero es más apropiado señalar que, basado en Aristóteles, es un concepto *a priori*— nunca pudo conciliarse con la noción, ésta propiamente económica, de costo ("precio de producción") que más adelante en *Das Kapital* desarrolló; y murió sin resolver el intrínsculo. Con la excepción de una pequeña élite, los marxistas suelen aprender sobre la plusvalía en catecismos drásticamente simplificados, que no van más allá del primer volumen, y no tienen la más leve idea sobre qué fue lo que Marx escribió al respecto.

En cambio la teoría de la explotación de Batlle, transmitida por vía oral a través de las generaciones, no sólo es sencilla de captar, sino que hoy constituye la verdadera idea operativa de la izquierda en general, y del sindicalismo en particular: los salarios y las ganancias salen de un fondo común; el reparto es una cuestión de fuerza relativa; la ley puede compensar el mayor poder de los empleadores canalizando recursos de ese fondo común hacia los obreros; sobre todo, la empresa pública, desprovista de afán de lucro, debe presumirse dispuesta a ceder a los trabajadores su parte en el fondo común; por ende, el Estado puede y sue-

le ser un empleador enormemente generoso: tanto Baltasar Brum como Domingo Arena, en discursos públicos, sostuvieron que las empresas públicas podrían pagar salarios que doblasen el nivel de los privados. De ahí que la multiplicación de las empresas públicas se transformaría en la clave de la felicidad de los humildes, en el fin de su explotación.

Por tanto, la utopía batllista —la idea del 'país modelo' en el cual la segunda presidencia de Batlle quiso convertir a Uruguay— estaba al alcance de la mano: más legislación social y expansión de la empresa estatal; era sólo cuestión de continuar por la misma senda durante el tiempo necesario; en realidad Utopía estaba a la vuelta de la esquina. Radical diferencia con Marx, para el cual la condición del obrero bajo el régimen capitalista estaba signada por un progresivo deterioro. La utopía estaba más allá de un cataclismo social, la revolución proletaria, la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción, y de un período de transición subsiguiente, en que los hombres irían transformándose, hasta permitir la igualdad y la libertad totales. Mientras tanto, una dictadura en nombre de una clase, pero dictadura al fin. Con el "hombre viejo", antes de la era del "hombre nuevo", la libertad sería imposible.

La clave de la diferencia está en la concepción de Batlle de la naturaleza humana. En la entrevista ya mencionada, Batlle le confiesa a Palacios no haber leído a Marx, y, preguntado sobre el libro que más le había influido, nombra al Curso de Derecho Natural de Ahrens. Es el krausismo, que don Pepe había absorbido en su juventud a través de Prudencio Vázquez y Vega. El hombre es esencialmente bueno, como antes había creído Rousseau, y el Estado puede canalizar esa bondad y hacer la felicidad de todos.

Marx, naturalmente, era anties-tatista, ya que veía en el Estado un artefacto para mantener sometidas a las clases dominadas. Al cabo del período de transición hacia el comunismo, advenido ya el *homo novus*, el Estado desaparecería. "Se marchitaría", fue la expresión literal del barbado profeta; es decir, moriría en silencio, como una flor. ¿Puede haber algo menos uruguayo que esta concepción, más allá de orientaciones de derecha e izquierda? Sin Estado, ¿quién controlaría la avaricia de los agentes privados? ¿Quién dictaría las leyes? ¿Quién promovería el progreso? No cabe duda, entre nosotros los hijos putativos de Marx descendiendo en realidad de don Pepe.

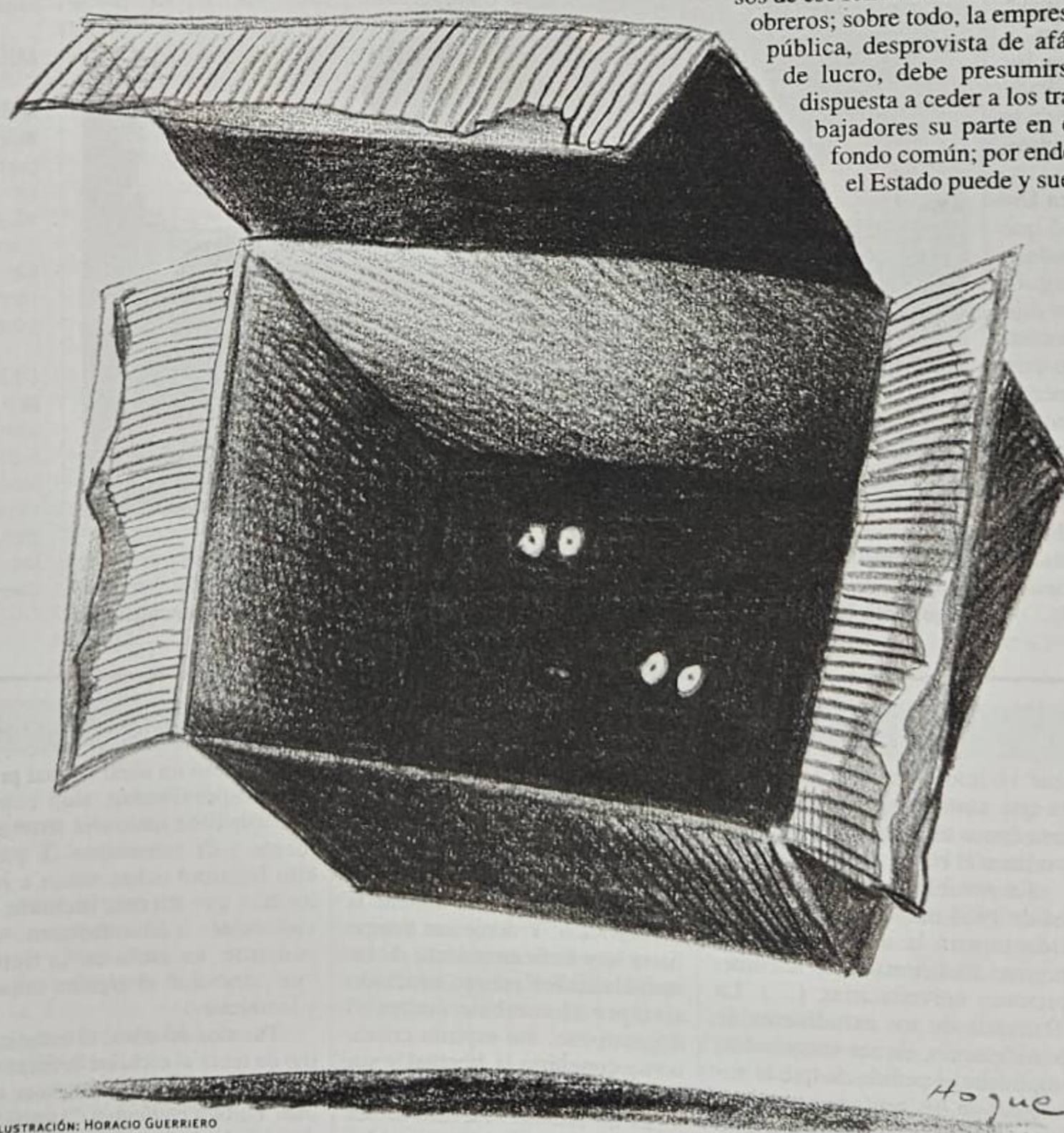


ILUSTRACIÓN: HORACIO GUERRIERO

filosofía de Batlle que a la de Marx. El 1º de mayo fue promovido a aquella exaltada dignidad por la 2ª Internacional, en su fundación, en 1889; Marx ya había muerto, pero la asamblea era decididamente marxista. ¿Qué tenía que hacer un infiel como Batlle en esta reunión de devotos?

Error, sin embargo, de los cubrecabezas. Porque el 1º de mayo fue la fecha de una movilización mundial de apoyo a los socialistas estadounidenses y su reivindicación de la jornada de ocho horas, que Marx mismo nunca habría apoyado, mientras que fue en el Uruguay de Batlle que la primera ley de ocho horas se puso en vigor. Para Marx, en efecto, la legislación obrera carecía de importancia, porque la suerte del proletariado estaba sellada por leyes históricas ineluctables, que conducían a su depauperación, la que a su vez suministraría la energía para la lucha revolucionaria. Jor-